

Elites y partidos políticos. El eclipse del Partido Demócrata de Córdoba¹

Alicia Servetto
Adrián Carbonetti

*"Cualesquiera sean los intereses que representa
una organización particular, encontramos una
minoría activa en su conducción"*

Bernard Barber

CRISTALIZACIÓN DE LA ELITE DIRIGENTE

La "oligarquía partidaria" de la que hablaba R. Michels, la "dictadura cesarista-plebiscitaria" explicada por Ostrogorski y también por Max Weber, el "círculo interno" denunciado por M. Duverger, son expresiones que con matices distintos evocan un mismo fenómeno: la dominación ejercida por minorías políticas activas —una élite— sobre la vida de los partidos políticos.

Para el politólogo italiano Angelo Panebianco, caben tres posibilidades analíticas en el estudio de la dirigencia política:

A. *Circulación de la élite*. Consiste en la sustitución radical de unos equipos dirigente por otros.

B. *Amalgamas de las élites*. Los cambios son lentos, graduales, fruto de compromisos y negociaciones.

C. *Estabilidad*. No hay renovación de la dirigencia, los cambios se producen sólo por cooptación. La dirigencia envejece con el partido y tiende a perpetuarse en él indefinidamente.²

Si bien el autor se refiere a estas posibilidades como un esquema de dos polos en el cual la estabilidad y la circulación están en sus extremos y la amalgama en el centro, siendo improbables los extremos en forma pura y más comunes en su vinculación con el centro, consideramos que la estabilidad se corresponde con la estructura de organización dirigencial del Partido Demócrata de Córdoba (en adelante P.D.), aunque en algunos momentos se haya acercado a la amalgama en el corto plazo. En relación a lo anterior

ALICIA SERVETTO y ADRIÁN CARBONETTI SON Licenciados en Historia.

¹ Este artículo es la reelaboración de algunos apartados de la tesis de licenciatura en Historia: *Los partidos políticos de la derecha cordobesa: crisis y oposición (1963-1966 y 1973-1976)*, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

² Angelo Panebianco, *Modelos de partidos*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1990.

consideramos que esta agrupación priorizó la preocupación por el mantenimiento de las líneas jerárquicas internas de autoridad. Esto facilitó la "petrificación" de la cúpula dirigencial en los ámbitos de poder interno, pues no sólo limitaba el reclutamiento de nuevos cuadros impidiendo ensanchar las bases partidarias, sino también, y por consiguiente, anquilosaba el discurso político perdiendo contemporaneidad. Estas condiciones provocaron crisis intermitentes en el partido como consecuencia de los cuestionamientos de la base partidaria y cuadros intermedios hacia la élite.

Si examinamos la historia del P.D. encontraremos que este fenómeno no es nuevo, en la medida que el partido nació como un "partido de cuadros" (Maurice Duverger), herencia quizá de los antiguos grupos políticos cordobeses. La estructuración en partido de cuadros facilitó la conformación de una élite dirigente que perduraba en los espacios de poder partidario hasta tanto fuese relevada por una nueva generación dirigencial. Esta renovación se producía, no sin pocos conflictos que en cierta medida traumatizaban las estructuras partidarias.

Desde nuestro punto de vista, en la historia partidaria tuvieron lugar tres cambios generacionales en la élite dirigente: a fines de la década de 1920 una generación, en su mayoría proveniente del Comité Universitario, reemplazó a la fundadora del partido; a fines de la década de 1950 una nueva camada de hombres jóvenes desplazó a aquellos que habían dirigido el partido desde los años 30 y en los años 1972-73 aquella fue suplantada por hombres provenientes en su gran mayoría del interior (sud-sudeste de la provincia), reivindicando un proyecto partidario alternativo.

El recambio generó conflictos que en un principio (fines de la década de 1920) fueron absorbidos por el sistema del partido, pues la agrupación se encontraba en época de auge y con una base social amplia, lo que le daba la suficiente flexibilidad para contener los conflictos que se suscitaban. Siguiendo el esquema de Panebianco, en este momento se daría un fenómeno de circulación de la élite, debido a que el partido no sufre fraccionamientos ni escisiones en estos recambios. Los posteriores cambios de élite se dieron en períodos en los cuales el partido se hallaba en un proceso progresivo de debilitamiento, proceso que incidió en la rigidez de la estructura partidaria, incapaz de contener el conflicto. Esta rigidez se reflejó en los comportamientos de las élites quienes priorizaron la estabilidad y recurrieron al conflicto antes que la negociación para mantenerse en el poder, lo que motivó, antes que el desmembramiento, escisiones y rupturas. Los casos más claros son las rupturas del sector dirigido por José Antonio Mercado, en 1962, quien al ser expulsado del P.D. formó el Partido Demócrata Autonomista y el del grupo de Emilio Olmos (h.) en el año 1973, que en su mayoría se retiró de la vida política y pública.

Intentar explicar el comportamiento de la élite dirigencial en el P.D. nos

remite a utilizar la terminología trabajada por Panebianco, quien analiza los juegos de poder *horizontales* (entiéndase los juegos de poder dentro del partido), es decir las relaciones de conflictos y negociaciones entre miembros de dicha élite, y los juegos de poder *verticales*, esto es las relaciones de poder entre el líder y sus seguidores.

Con respecto al primer punto —juegos de poder horizontales— el autor incorpora la categoría de *coalición dominante*, indicando con ello a aquellos actores que, pertenezcan o no formalmente a la organización, controlan las *zonas de incertidumbre*. Con este término se pretende denominar los espacios generadores de poder dentro del partido o factores de poder. Quien controle las zonas de incertidumbre obtendrá el control sobre el partido.

Desde este punto de análisis podemos afirmar que los conflictos generados en los recambios generacionales, que tuvieron lugar en la vida política del P.D. constituyeron también conflictos por las zonas de incertidumbre: conflictos que, en cierta medida, alteraron las relaciones de fuerza en las élites dirigenciales.

Ciñéndonos al período investigado (1963-1966 y 1973-1976), las crisis producidas en el seno del partido fueron el resultado de la lucha por el control, por parte de las élites, de los espacios generadores de poder. Ahora bien, no siempre las zonas de incertidumbre fueron manejadas desde los cargos internos del partido; esto es, que podía darse una doble estructura de poder: por un lado lo que denominaremos estructura formal de poder que venía de la ocupación de cargos jerárquicos dentro del partido, y por otra parte una estructura informal, que se constituía a través de las características propias del liderazgo, asentado sobre un arco de solidaridades legitimado por medio de la obediencia de la mayoría de los miembros del partido: "Toda empresa de dominación [...], exige que la conducta humana esté orientada hacia la obediencia de los jefes que pretenden ser portadores del poder legítimo [...]".³

PERDURACION Y CONFLICTO DE LA ELITE DIRIGENTE

Frente a las elecciones de 1962, el P.D. vivió una profunda crisis, en la que un sector del partido, liderado por uno de sus personajes más lúcidos, José Antonio Mercado, se retiró transformando su agrupación interna en otro partido: el Partido Demócrata Autonomista. Las acusaciones realizadas por el mencionado dirigente en momentos en que se dividía el partido

³ Max Weber, "La política como profesión", en *Ciencia y Política*, C.E.A.L., Buenos Aires, 1991, pág. 69.

constituyeron algo más que una crítica oportunista. En cierto sentido sus declaraciones, a través de análisis de las estructuras de poder del P.D., presagiaban el futuro de esa agrupación y permiten realizar una serie de reflexiones sobre el comportamiento de la élite dirigencial.⁴

Una primera línea de reflexión se desprende de la denuncia sobre “los procedimientos de cuadros cerrados” y la existencia de un “unicato del partido y la exclusión [...] de altos valores en su conducción”. Esto nos revela la existencia de un conflicto intraélite, o bien un conflicto en la coalición dominante, que se manifestaba en la lucha por las zonas de incertidumbre. De ahí la denuncia de uno de los grupos excluidos, precisamente, de la conducción partidaria. Esta exclusión se relaciona con las características rígidas con las cuales se había constituido la élite y el partido en general. La rigidez no daba lugar a un espacio de negociaciones y compromisos donde cada uno de los sectores aceptara, en las reglas del juego político, la presencia del oponente y, por lo tanto, la única solución a la crisis era la exclusión de uno de los dos sectores.

La acusación al ingeniero Olmos de “desvirtuar” la conducción partidaria y la réplica al Comité Central por su inoperancia, constituyen una segunda línea de reflexión a través de la cual podemos determinar cómo se articulaba esta coalición dominante en la estructura de poder partidaria. Consideramos que esta articulación se daba a través de dos estructuras de poder interrelacionadas: la estructura formal de poder y la estructura informal de poder, a la que ya hemos hecho mención en párrafos anteriores.

La estructura formal se correspondía con los cargos jerárquicos del partido. La ocupación de la presidencia del Comité Central y algunos cargos de éste, como así también la presidencia del comité capital y parte de sus miembros constituían espacios de poder que daba lugar a la formación de una estructura formal. La ocupación de estos cargos por la nueva élite dominante fue un fenómeno que comenzó a fines de la década de 1950 y culminó con la incorporación de Arturo Uanini a la presidencia del partido en 1963. Hombres como Arturo Uanini, Octavio Capdevilla, Nicolás Bello, Miguel Angel Biaín, Oscar Oliva Funes, Carlos Casas Ocampo y Humberto Gómez Amaya, entre otros, gravitaron dentro de la estructura partidaria a través de la ocupación progresiva de cargos dentro del partido.

Emilio Olmos, si bien pertenecía a la coalición dominante, no ocupaba cargo jerárquico alguno. Esto nos remite a considerar la segunda estructura de poder, la estructura informal, constituida sobre las características del liderazgo, basado en varios supuestos, que no solamente se relacionaban con la posesión de un carisma personal sino, y sobre todo, por pertenecer a una

⁴ Córdoba, 4/2/1962.

familia con tradición demócrata y prestigio social. A ello se sumaba la importancia de haber ocupado un cargo público: la intendencia de Córdoba capital en época de la intervención militar durante la Revolución Libertadora y, más aún, la importancia de ser el hijo de una trascendente figura política, no sólo del partido, sino también de la provincia.

La reunión de todos estos factores le otorgaban el ascendiente necesario para convertirse en líder, o mejor dicho en figura hegemónica, formando parte de una tradición partidaria que aún en los años 70 no se había borrado. Al mismo tiempo su pasado familiar y personal simbolizaba aquel viejo partido triunfante tan añorado por los demócratas de estos tiempos.

Ahora bien, ¿cuáles fueron los mecanismos, no sólo de reproducción del poder de la élite dominante, sino también de utilización de ese poder? La respuesta a este interrogante nos remite a una tercera línea de reflexión a partir de los planteamientos realizados por el ex dirigente demócrata José A. Mercado sobre "el fraude interno y la desvirtuación de la institución del voto directo para la elección de autoridades y candidatos partidarios", como así también la "regulación de los padrones", concluyendo que un sector hacía tiempo que había sido excluido de las decisiones partidarias.

En primer lugar analizaremos la organización interna del partido como forma de penetrar en las complejas relaciones de distribución de autoridad dentro del armazón institucional partidario.

Como órgano máximo de decisión se hallaba la Convención Provincial, formada por delegados departamentales electos en sus respectivos distritos y que integraban la Convención Departamental. La Convención Provincial tenía como atribuciones —entre otras— designar los miembros del Comité Central, superior autoridad ejecutiva y órgano político del partido formado por un presidente, vicepresidente primero y vicepresidente segundo y tantos vocales titulares con sus respectivos suplentes designados por cada una de las convenciones departamentales como el número de senadores que el departamento elegía. Se agregaban seis vocales titulares y suplentes designados por la juventud del partido. Con el presidente, los dos vicepresidentes y cuatro vocales se constituía la mesa directiva que tenía a su cargo la dirección y conducción de los asuntos partidarios.

Esta organización conformada a nivel provincial se repetía a escala departamental (Convenciones y Comités departamentales y Comités de circuitos).

Todo este sistema de autoridades estaba específicamente reglamentado en la Carta Orgánica que poseía algunos elementos que facilitaban el dominio de la élite a través de la estructura formal de poder:

Las funciones atribuidas al Comité Central eran ambiguas y en muchos casos se superponían con las atribuciones de la Convención Provincial, sobre todo en relación a la designación de candidatos para los cargos electivos,

como en realidad ocurrió en 1973.

Por último, y creemos que esto tiene suma importancia, en el año 1962 la Convención Provincial del partido decidió volver al sistema de convención para la elección de candidatos a las funciones públicas,⁵ lo que significó una involución del partido al retomar un sistema de elección que Aguirre Cámara y José Antonio Mercado en el año 1951 habían logrado superar.⁶

Esta élite, además de contar con ciertos elementos institucionalizados a través de la Carta Orgánica para la dominación partidaria (estructura formal), acentuaba su hegemonía mediante los resortes de la estructura informal. Esta estructura estaba dada por la formación de un arco de solidaridades y lealtades que creaba el líder. Desde su posición, y en virtud del arco de solidaridad y lealtad, mencionado anteriormente, unía la base partidaria e integraba a todos los dirigentes del interior. Esto permitía la manipulación y legitimación de las políticas y estrategias que implementaba la élite partidaria.

Retomando el interrogante principal que nos llevó a describir algunos elementos de organización y autoridades del partido, afirmamos que los mecanismos de reproducción y utilización del poder por esta élite se corresponden con dos momentos:

- En primer lugar la utilización de los recursos institucionales intrapartidarios como por ejemplo, el sistema de voto indirecto para candidatos a puestos públicos, el sistema de delegación, la falta de decisiones de los comités departamentales, la designación de la junta electoral por el Comité Central —y no por Convención—, la superposición de funciones entre el Comité y la Convención, armando así un complejo sistema que llevó a J. A. Mercado a denunciar la desvirtuación del voto directo, la regulación de los padrones. Desde este punto de vista la única autoridad que podría contrarrestar al Comité Central era la Convención, pero ésta estaba controlada por la estructura informal de poder, es decir por un sistema de lealtades elaborado por un líder.

- En segundo lugar, la función de un líder, quien por fuera de las estructuras partidarias lograba anudar las lealtades necesarias para mantener el poder y reproducirlo. De otra forma no pueden explicarse las manifestaciones de José A. Mercado refiriéndose a Olmos como si fuese el presidente del partido. Las declaraciones de Pedro Troillo, en el sentido de que Emilio Olmos (h.) había recorrido él solo en 1962 la provincia para reorganizar el partido, son un ejemplo de la recreación del arco de solidaridades que él había creado, y el poder que le otorgaba el manejo de este arco se

⁵ Córdoba, 5/11/1962.

⁶ Cesar Teach, *Sabatínismo y Peronismo*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1991.

cristalizaba en la poderosa influencia que ejercía dentro del Comité Central y en la dirección que imponía a las convenciones. Sofanor Novillo Corvalán explica la forma en que actuaba el líder para obtener el manejo de las políticas partidarias. Refiriéndose a las convenciones, comenta: "Acá no se trata de hablar un día antes o de decir un buen discurso en la convención, acá se trata de saber si se ha podido anudar el sistema de solidaridad y lealtades y de complicidad [...] con los dirigentes del interior para el día de la convención, lograr que nos apoyen, con prescindencia que esté de acuerdo o no".⁷

EL DETERIORO DE LA COALICION DOMINANTE. 1963-1966

Tomando como eje los tres temas de reflexión analizados, a saber: la existencia de un conflicto intra-élite dentro del partido, la articulación de la coalición dominante y los medios que utilizaba la élite para crear y recrear su poder, estudiaremos algunos casos de cuestionamiento por parte de los sectores que comenzaban a sentirse excluidos de las decisiones partidarias.

Así en el año 1963 se puede observar cómo funcionaba la élite en la digitación de candidatos no sólo a los cargos electivos, sino también en la línea política que debía seguir el partido. Un ejemplo de ello fue la inclusión de Aguirre Cámara (retirado de la política) como candidato a diputado nacional en las elecciones de 1963, para evitar el surgimiento de una joven figura política que pudiese llegar a romper el equilibrio creado por la élite dirigencial, esto es cerrar el ascenso de un dirigente que venía creciendo en el sur: Alberto Clodomiro Carranza. Esta actitud pone de manifiesto el funcionamiento de la élite y los mecanismos de manipulación que empleaba para la utilización y reproducción del poder. Es decir, el manejo de la convención devenía de la actitud de un líder que había creado un arco de solidaridades que le permitía imponer su voluntad y la del grupo que integraba. Este tipo de manipulación se integraba con la autoridad que imponía los cargos dentro del partido. De esta forma se conformaba un círculo de autoridad difícil de romper: un líder que apoya una élite, la cual se cristaliza en los puestos dirigenciales del partido, desde donde mantiene las estructuras de dominación formal a través de la autoridad del cargo partidario.

Sin embargo este poder no estuvo exento de cuestionamientos, sobre todo provenientes de la dirigencia intermedia, que se daba fundamentalmente

⁷ Entrevista a Sofanor Novillo Corvalán, 17/10/1991.

luego de cada fracaso electoral. Así en septiembre de 1963, en una asamblea de dirigentes del oeste, algunos de ellos se pronunciaron acerca de la reestructuración del partido para garantizar la participación de las minorías en la conducción partidaria.⁸

Frente a este debate, iniciado desde los cuadros intermedios del partido, los hombres que componían la élite carecían de una propuesta de reestructuración partidaria, como consecuencia de dos intereses fundamentales: la consolidación de su posición hegemónica relacionada con la perduración de esa estructura partidaria que le permitía mantener el dominio del partido y la recreación del poder que habían logrado.

Las elecciones para diputados nacionales de 1965, con la baja performance del P.D., constituyeron un nuevo indicador de la crisis y una fuente de argumentación para los sectores que hacía tiempo venían reclamando una nueva orientación en la dirección partidaria y una reestructuración que incluyera la integración de todos los sectores en la conducción.

La crisis partidaria se plasmó en la reunión plenaria del Comité Central del P.D. en la cual renunciaron varios vocales de ese organismo, argumentando tanto la falta de organización interna como la falta de consulta a la masa afiliada frente a resoluciones importantes.⁹

La crítica estaba dirigida a todo un grupo dirigencial que monopolizaba la toma de decisiones partidaria y que por lo tanto excluía grandes sectores en la formación de las políticas que expresaba el partido.

De esta forma se conformaron dos sectores netamente enfrentados: uno de ellos, que pretendía mantenerse en el poder (coalición dominante), enfrentado a aquellos dirigentes intermedios que pretendían acceder a la dirección partidaria. La escasa flexibilidad de la estructura y las características propias del partido no permitieron una solución de compromiso inmediata.

La élite dominante trató de generar una política de adhesiones para encontrar una base de sustentación entre los sectores neutros en el conflicto que le permitiera enfrentar a los grupos díscolos que cuestionaban su conducción; las giras que realizó Uanini junto a otros dirigentes de este sector por diversos departamentos de la provincia y la culminación de éstas con una reunión en Villa María¹⁰ son pruebas de lo anteriormente afirmado. En dicha reunión, cuyo resultado fue una declaración emanada de una comisión presidida, justamente, por Humberto Gómez Amaya, figura destacada de la élite dominante, se propone una "renovación de los organismos

⁸ *Los Principios*, 26/9/1963.

⁹ *Los Principios*, 13/5/1965.

¹⁰ *Los Principios*, 17/1/1966 y 21/1/1966. En la reunión de Villa María se emitió un documento denominado "La declaración del Sud". *Los Principios*, 4/2/1966.

del partido” pero no se menciona el concepto de reestructuración que era el que venían sustentando los sectores que cuestionaban a la élite dirigente.

Por otra parte, las tensiones que generaron los cuestionamientos provocaron la desactivación de la estructura informal de poder de la élite: Olmos, figura fundamental en la construcción y mantenimiento de esta estructura, desapareció de la escena política en medio de la lucha. El problema residía en que la alta temperatura política que generaban las críticas a la conducción podría haber disuelto los lazos de solidaridad que aquél había creado, si se acercaba demasiado, visiblemente, al sector cuestionado. De todos modos sus apariciones, esporádicas, sirvieron para reforzar la política de la élite dominante. Esta desactivación de la estructura informal de poder fue meramente temporal.

La fuerte interrelación entre las estructuras formal e informal no permitía tampoco ningún tipo de reestructuración partidaria pues una dependía de la otra para mantener su vigencia. De ahí que en la reunión de Villa María se hable de *renovación* total de los organismos partidarios y no de una *reestructuración* lo que implicaría, además de la pérdida de los sectores claves de dominación del partido, el desarme de la estructura informal de poder.

Mientras tanto, los sectores cuestionadores de la conducción partidaria generaron una política de oposición a través de la formación de una línea interna, estructura intrapartido con escasa tradición en el P.D. “Unidad y Acción”, línea interna creada y conducida por Marcelo Carranza Torres, tuvo su origen en la misma ciudad de Córdoba, bastión de la élite dominante, en marzo de 1966.¹¹

Integrada por los sectores jóvenes de la agrupación, su política fue la de reclamar y obtener la mayor cantidad de adhesiones, especialmente de viejos dirigentes. La adhesión de estos le permitió obtener cierto grado de legitimidad y autoridad para disputar los puestos de poder con la élite dominante.

Así definido el conflicto, la puja culminó con la reunión de dos asambleas paralelas que, en cierta medida, reflejaron una correlación de fuerzas entre los dos sectores. Una en la ciudad capital de la provincia, dirigida por la facción opositora cuyo frente se encontraban Alberto Clodomiro Carranza y Marcelo Carranza Torres, representantes de la dirigencia intermedia de capital e interior; junto a ellos se encontraban hombres viejos del partido como Horacio Blanco, figuras que habían formado parte de la coalición dominante y que se reacomodaban frente a los cambios que se sucedían en el partido y la totalidad del bloque de diputados provinciales del P.D. La otra asamblea tuvo lugar en Jesús María, zona de donde era originario el presidente

¹¹ *Los Principios*, 10/3/1966.

del partido, en la que participaron figuras prominentes de la élite partidaria como Emilio Olmos, Arturo Uanini, Humberto Gómez Amaya, Oscar Oliva Funes, Carlos Casas Ocampo. En esta reunión participaron también militantes de partidos conservadores de otras provincias, lo que perseguía, sin duda, el objetivo de buscar apoyo político fuera de la estructura del P.D.¹²

Sin embargo, la superioridad en número y la adhesión de viejas figuras del partido de la asamblea del sector opositor, obligó a la élite dominante a buscar una solución de compromiso en la que los dos sectores negociaron la entrada en el seno de la coalición dominante de los principales dirigentes del sector opositor.

La distribución de los cargos dirigenciales y las candidaturas en la próximas elecciones fue el aspecto fundamental de la negociación entre los dos sectores. Dicha negociación consistió en que "varios dirigentes [...] se pusieron de acuerdo", y con respecto a las candidaturas para las próximas elecciones se propuso "como candidato único a la gobernación al Ingeniero Olmos". Las candidaturas a las diputaciones nacionales como los cargos jerárquicos del partido fueron distribuidos entre ambas facciones.¹³

Esta negociación y posterior distribución de cargos y candidaturas entre los dos sectores refleja una parcial apertura de la coalición dominante para incorporar una nueva alianza que neutralizase los crecientes cuestionamientos de la base del partido. De esta forma se dejaba intacta la estructura informal de poder y se adaptaba a las nuevas condiciones la estructura formal sin modificarla. La incorporación de nuevos dirigentes a la élite dominante permitió mantener las estructuras de dominación intactas pero al mismo tiempo incorporó un elemento extraño en su seno, lo que tendrá importantes consecuencias en su desarrollo posterior.

El golpe militar del año 1966 truncó este nuevo proceso en virtud del cual se vislumbraban grandes contradicciones en el interior de la élite dominante.

LA RUPTURA DE LA COALICION DOMINANTE Y LA AGONIA DEL P.D.

Luego de cinco años de interrupción de las actividades políticas, el P.D. debió reagrupar sus hombres para dar inicio a las tareas partidarias. Pero no solamente se reagruparon sus hombres y dirigentes sino que además reflataron viejos conflictos latentes desde el año '66; conflictos que en esta nueva etapa se resolvieron a la luz de una nueva coyuntura política.

¹² Los dirigentes de otras provincias que participaron en dicha asamblea fueron Ernesto Patiño Arias (Buenos Aires) y Juan Carlos Godoy (Mendoza). *Los Principios*, 16/5/1966.

¹³ *Los Principios*, 22/5/1966.

Los sectores que se habían definido a lo largo del último período constitucional, en esta etapa alcanzaron una redefinición en función de propuestas partidarias concretas en torno a las cuales los actores principales (sobre todo los miembros de la élite) se reubicaron en el escenario político del partido. Esto es, las soluciones de negociación y compromiso adquiridas en 1966 entre los sectores que habían pasado a conformar la coalición dominante no obtuvieron sus frutos, en tanto no lograron acordar sobre los diferentes lineamientos políticos que debía seguir el partido en esta nueva etapa política.

Esta situación generó dentro de la estructura partidaria un clima de tensión que terminó por desatar una crisis que podríamos calificar como terminal, cuyo detonante fue la definición en torno a la candidatura presidencial frente a las contiendas electorales de 1973 y que tuvo como consecuencia la retirada de uno de los sectores de la coalición dominante del partido.

Desde el comienzo de la reorganización partidaria se plantearon en el seno de la élite dos posiciones antagónicas. Por un lado un sector que bregaba por la "disolución del partido para formar una gran fuerza política a nivel nacional, liderado por A. Uanini, O. Capdevilla y A. C. Carranza" y por otra parte se encontraba la postura de E. Olmos y E. Nores Martínez, contrarios a la tesis anterior.¹⁴

Sin duda que estas divergencias en cuanto a proyectos alternativos de organización partidaria reflejaban en sí una lucha más profunda, un conflicto intraélite: quien lograra triunfar en esta contienda, obtendría el control de los espacios de poder dentro del partido. Esto es la lucha por la estructura formal de poder e incluso la informal, en tanto que O. Capdevilla y A. C. Carranza habían logrado formar un arco de solidaridades en todo el sur provincial, y que en cierta medida competían con aquella estructura creada por E. Olmos a fines de la década del '50.

Uno de los sectores de la coalición dominante (olmistas) había pasado a ocupar los cargos más importantes de la estructura organizativa del partido en momentos de su reorganización (Junta Promotora). Esta situación conflictiva logró resolverse en un plazo mediano al distribuir los cargos de la mesa directiva. El cargo de presidente y vicepresidente primero fueron ocupados por dos figuras provenientes de cada uno de los sectores internos en los que se hallaba dividida la coalición dominante. Sin embargo esta débil alianza fue opacada por las acciones que realizó el presidente de la Mesa Directiva, O. Capdevilla, quien desde su posición comenzó a desplegar una campaña tendiente a desplazar al sector opuesto, el grupo de E. Olmos.

¹⁴ *La Voz del Interior*, 15/12/1971.

Capdevilla (h) desde su cargo como presidente de la Mesa Directiva del partido trató de digitar la estructura partidaria contando con puntos de apoyo en la estructura formal e informal de poder que le daba el suficiente sustento político-social para debilitar y luego eliminar al otro sector de la coalición dominante, opuesto a su proyecto partidario. En opinión de Sofanor Novillo Corvalán, dirigente demócrata de la época, Capdevilla inició una gran "revolución" dentro del partido para desplazar a Emilio Olmos. Se planteó entonces una puja entre los que seguían a Capdevilla y los olmistas.¹⁵

Esta "revolución" se desencadenó en las sucesivas convenciones convocadas desde los diferentes sectores, que condujeron a una lucha dentro de los mismos aparatos formales de poder del partido.

El conflicto intraélite se desplazó a la esfera de la justicia electoral, en la medida que ambos grupos disputaban la legitimidad de sus acciones a través de diferentes interpretaciones que se realizaban a la Carta Orgánica, que se prestaba a confusión en lo relativo a las funciones que debía cumplir y ejercer cada uno de los organismos partidarios. Pero más allá de las divergentes interpretaciones a la Carta Orgánica, lo que se manifiesta es la magnitud de un conflicto intraélite en la que disputaban los espacios de poder del partido, tratando de controlar o mantener los cargos de éste a través de la designación o permanencia de hombres leales a cada uno de los sectores.

La crisis interna del partido se manifestó en las sucesivas convenciones partidarias que se convocaron entre diciembre de 1972 y enero de 1973 (cuatro en total)¹⁶ no habituales en la tradición demócrata, en las cuales el motivo inmediato y convocante era la definición de la alianza política a nivel nacional (Alianza Popular Federalista, que postulaba a Francisco Manrique como presidente o la Alianza Republicana Federal que postulaba a Ezequiel Martínez) y las candidaturas a los cargos electivos de gobernador, vicegobernador y diputados. A través del estudio de las convenciones se observa un permanente choque de fuerzas entre los dos sectores en la medida que quienes consiguieran el dominio de las convenciones e impusieran la candidatura presidencial obtendrían la conducción partidaria. La convención del 30 de diciembre de 1972 impuso por mayoría la candidatura de Francisco Manrique, resolución que fue modificada por el Comité Central —pocos días después— para pasar a apoyar a la fórmula de la A.R.F., resolución que fue confirmada por la Convención Provincial del 28 de enero de 1973, en la cual además, se renovaron la mayoría de las autoridades de la estructura formal de poder: el aparato burocrático del partido quedó en su totalidad en manos de la nueva élite.

¹⁵ Entrevista a Sofanor Novillo Corvalán, 17/10/1991.

¹⁶ 2 y 3 de diciembre, convocada por el Presidente de la Mesa Directiva, declarada ilegal; 15 de diciembre, 30 de diciembre y 28 de enero.

De lo expuesto podemos afirmar que estamos frente a un proceso de cambio de una élite por otra y la integración de una nueva Coalición Dominante. Las renunciaciones a cargos partidarios y luego la retirada del P.D. por parte de un sector dirigente de capital, fue algo más que la consecuencia de una disputa dentro del partido por una figura presidenciable, que desde el comienzo no tenía posibilidad de subir al poder. Era la consecuencia de una lucha dentro de los espacios de poder partidario, lucha también entre dos estructuras informales de poder: una ya antigua y desgastada constituida en torno a la figura de E. Olmos y otra, nueva y más vigorosa, liderada por O. Capdevilla junto a hombres provenientes del sur de la provincia. En suma era la lucha por el control de las zonas de incertidumbre.

Es posible confirmar estas ideas a través de las declaraciones y renunciaciones de algunos dirigentes,¹⁷ lo que indica la pérdida de su capacidad para ocupar y controlar espacios en la estructura partidaria, rebasados por la vigencia del nuevo sector. O. Oliva Funes renunciaba por no estar de acuerdo con la conducción; Nores Martínez tampoco estaba de acuerdo con la orientación política que se le estaba imprimiendo al partido, justificándola desde su oposición a formar cualquier alianza a nivel nacional (discusión que por otra parte hacia tiempo que estaba presente en el partido).

-- Tanto el Comité como la Convención, fueron dos ámbitos de la estructura formal del partido que habían pasado a ser dominados por una nueva élite, que logró imponer su proyecto político una vez que contó con el dominio del aparato partidario. Las renunciaciones significaron no sólo la exclusión de un grupo de dirigentes de la conducción partidaria, sino también la retirada "para no volver" a la vida política del mismo. Un documento emitido por este grupo de dirigentes, titulado "Demócratas de Córdoba enjuician al presidente de la Mesa Directiva" expresaba sus críticas a la nueva situación partidaria.¹⁸

Es significativa la expresión "destruir desde dentro" señalado en el texto del documento en tanto indica una ruptura de la coalición dominante, ruptura que por otra parte significó la resolución de un conflicto intraélite iniciado a fines del período anterior.

Alejados estos dirigentes, el círculo se terminó de cerrar cuando se integró la Junta Reorganizadora en agosto de 1973 con mandato hasta marzo de 1975.

Hacia fines de 1973, estos nuevos dirigentes comenzaron a realizar las tratativas para formar un gran partido nacional, cuyo resultado fue su integración a la Fuerza Federalista Popular (FUFEPO), viejo proyecto de esta

¹⁷ *La Voz del Interior*, 27/1/1973.

¹⁸ *Los Principios*, 25/1/1973.

élite que desde la cúpula del poder partidario podía llevarlo a cabo.

En esta nueva etapa Capdevilla cumplió una función fundamental: no ocupó un cargo importante dentro de la estructura partidaria como por ejemplo la presidencia del partido, sino que por el contrario figuró como un vocal más. Sin embargo fue él quien se situó al frente de la nueva estructura informal del poder.

ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

El P.D. fue, sin lugar a dudas, un partido de notables, dirigido por una élite dominante que ocupaba todos los espacios de poder de la estructura partidaria. Esta dominación se reflejaba tanto en la Carta Orgánica estructurada para la dirección estable de una élite que incorporaría nuevos elementos muy lentamente por medio de cooptaciones aisladas, como así también en la esencia plutocrática del partido, inscripta en la obligación del candidato de aportar dinero para la campaña, si el comité lo exigía.

Este tipo de estructura rígida no permitió la formación de líneas internas que vigorizaran a través del debate y nuevas ideas al partido; es así que los conflictos se resolvían a través de la exclusión de una parte de la élite dominante (en 1962 J. A. Mercado; en 1973 Emilio Olmos).

La cuña insertada en el seno de la coalición dominante en el año 1966, debido a los reclamos de algunos dirigentes, resuelta a través de la negociación y el compromiso, dio como resultado que en el año 1973 la vieja élite fuese desplazada no solamente de la coalición dominante sino también del mismo partido.

Estas características en definitiva definieron un tipo de organización y dinámica política del P.D.: la élite no sólo disponía de los canales de comunicación internos del partido, establecía las reglas formales de juego interno (Carta Orgánica), estipulaba los criterios de reclutamiento y determinaba la política de alianza, sino que además articulaba un discurso predominante, caracterizado por su anquilosamiento y falta de adecuación frente a los procesos sociales, económicos y políticos que vivía la sociedad argentina.

La vigencia de esta élite perjudicó el ascenso de nuevos cuadros y la formación de líneas internas, dos elementos esenciales que facilitan el debate político, la renovación de sus prácticas partidarias y de sus ideas políticas, y en consecuencia la renovación del discurso. Estas prácticas le dieron al partido una característica muy definida con respecto a su propuesta política, desarrolló una propuesta poco creíble para la sociedad, con paradigmas que habían perdido vigencia.